

# Retorno al Blanco

## CUADERNO DE ARTISTA

Entre los Arcanos mayores del Tarot hay algunos que gozan de una inmerecida mala fama. Entre ellos aquel que representa a la Luna; se asocia a estados depresivos, estancamiento, ansiedad, locura... Siempre se ha dicho que la Luna tiene una larga relación con todas las quimeras humanas, con el disparate, el trastorno y el crimen. No seré yo quien venga a negar tan tradicional vínculo, a pesar de su falta de base empírica. Selene, diosa inconstante y caprichosa de rostro mudable, infunde en las mentes humanas deseos imposibles, provoca el ladrido de los perros, el aullido de los lobos; seduce a los niños con su fulgor redondo y despierta ansias de escape en algunos



Arcano de la Luna. Tarot de Marsella.

hombres diferentes, sensibles, especiales. Cyrano de Bergerac, Edgar Allan Poe o Julio Verne fueron víctimas de su influjo: todos soñaron alcanzarla. Georges Méliès, pionero del cine, eligió la obra de Verne como argumento para la primera película de ficción y Federico Fellini le dedicó su último trabajo: *La voce della Luna*.



Cartel anunciador del film "Viaje a la Luna" de Georges Méliès



Cartel del film *La voce della Luna* de Federico Fellini

Selene -Isis, Ishtar, o Astarté- regula los flujos entre las personas imponiendo un ritmo ajeno a la voluntad de éstas, gobierna las aguas que “llueven hacia el cielo” encaminándose hacia su immaculado cuerpo; la *Señora de las mareas* actúa como esponja de los humores, como sumidero del deseo. Eterna novia siempre anhelada, ella orquesta el mundo desde su inocencia blanca. .



Estatua romana de Selene



Figura Babilónica de la diosa Ishtar

Acercarse a ella es peligroso, hacerse su amigo difícil; la Luna suele burlarse de las masculinidades prepotentes, prefiere tímidos poetas y enamorados platónicos. A los excesivamente fogosos les rehuye y desespera. Lo mejor para lograr su favor es vestirse de Pierrot y albergar un corazón bondadoso en el que haya algún rinconcito para la inocencia. Pero los pierrots son motivo de mofa general por sus cursis maneras, así que aguantar el traje blanco no siempre es tarea grata.



Antoine Watteau: *Autorretrato como Pierrot*



Tarjeta navideña con una pareja de pierrots.

A veces tal me veo como un pierrot. No sé si pertenezco a la cohorte de los geniales soñadores, o simplemente sufro cierta tendencia hacia la fantasía excéntrica. Tímido y aficionado a la poesía; no aguanto las noches en vela; prefiero ver a la Luna al final de la tarde, cuando asoma majestuosa por el horizonte, tan inmensa; o bien al alba, cuando su pálido círculo se va difuminando progresivamente en el azul fresco de la mañana. En cualquier caso no podría dejar de dedicar una obra a la diosa blanca. Este trabajo perteneciente a la serie *el Mundo sin Nosotros (Palencia-Sur)*, fantasea con el destino que sufriría la Luna si ya no pudiera alimentarse de nuestras fantasías, deseos y anhelos.



### *El encierro de la Luna*

*Al final del primer día desapareció el Lobo, ya nunca se escucharon aullidos durante las blancas noches de invierno. La Luna se sintió triste. Al final del segundo día desapareció el Perro, ningún animal ladraría ahora en las tardes otoñales cuando llega el frío. La Luna se sintió huérfana. Al final del tercer día fue el Hombre el que desapareció, nadie hubo entonces que le dedicara encendidos versos en las templadas noches de verano. La Luna quiso llorar lágrimas amargas; se encerró en este depósito de agua, donde su llanto se ha vuelto un lago de plata.*

Hay momentos, sin embargo, en los que la Luna se muestra pletórica; cuando todo el paisaje se cubre de blanco, haciendo de nuestro planeta un reflejo ampliado de su tez. Entonces, ningún hombre sensible puede permanecer en casa; víctima de afanes exploradores, el poeta se calza las botas y comienza su particular periplo invernal, su *winterreise*. Se topará en su camino con un mundo distinto del habitual. Así lo cuenta el escritor José Jiménez Lozano en este bello fragmento de sus diarios:

*Nieve. Como si no hubiera mundo; sólo blancor.*

*Por aquí nieva tan escasas veces, que siempre parece un milagro. Pero, en la ciudad, las gentes se expresan como si se estuviera cerniendo una desgracia, y esta me esperase en el camino a casa, y me advierten de que debo quedarme; así que me tengo que callar, aunque estoy deseando llegar al pueblo para dar una vuelta bajo la luna con el perro, y oír nuestras pisadas en la nieve: ¡ ciú, ciú, ciú! Y silencio. Es una maravilla. La luna, un poco enrojecida todavía, da a la blancura de la nieve un tono nacarado admirable. Y hasta me he puesto el gorro ruso para dar un paseo.*

Muchos creadores se han embarcado en su particular “viaje de invierno”: los poetas Wilhem Müller y Paul Celan, el músico Franz Schubert, los pintores Peter Brueghel o Anselm Kiefer entre ellos.



Peter Brueghel. *Escena de invierno*



Anselm Kiefer. *Copos negros*

Sería bonito decir que en su deambular todos vieron el mismo mundo: un edén cristalino, susurrante y tranquilo. No es cierto. La nieve sucia, los agónicos vapores que suelta el mundo antes de congelarse, las furiosas ventiscas, la carne entumecida..., dibujan un paisaje menos halagüeño. Olvido y terror; inocencia y daño. Estos sentimientos contradictorios impregnan otro viaje invernal pintado con las palabras de Luis Mateo Díez: *Fantasma del Invierno* se desarrolla durante nuestra propia era glacial de bolsillo; la posguerra española. En la figurada ciudad de Ordial un cúmulo de gentes sobreviven al diabólico invierno cual náufragos en un blanco mar de abandono e ignominia.

Yo también escuché durante la infancia, en boca de mi padre, los relatos sobre la blanca posguerra madrileña, cuando la ciudad carecía prácticamente de automóviles y la escasa contaminación no servía de parapeto contra el frío. Por las calles nevadas se abrían paso



en aquel entonces los tranvías y las aceras se limpiaban con palas. No imaginaba yo en ese tiempo cómo, llevando la contraria a la marcha del mundo, el invierno me aguardaría en la trinchera de la madurez para tenderme una emboscada.

La burocracia le hizo un favor al invierno (y desde luego también a mí) destinándome al Norte de la provincia de Palencia; así vine a uno de los últimos reductos siberianos de la Península Ibérica. Aquí he encontrado muchas cosas buenas (también malas) y, cómo no, me he enrolado en mi particular *winterreise*. Tuve como primer alojamiento en esta comarca una vieja casa con una “ineficiente” calefacción y ventanas descoyuntadas: el primer invierno fue pasable, pero el segundo fue mortal. Hubo cinco temporales de nieve y las temperaturas cayeron a veinte bajo cero; la calefacción daba de sí todo lo que podía (no era mucho) y las mantas, una sobre otra, nunca sobraban. Caí enfermo varias veces y llegué a padecer un extraño vértigo cada vez que se avecinaba un nuevo temporal. Despierto con el frío de la madrugada, envuelto en cuatro mantas, observaba el humo de mi aliento trepar por la habitación mientras me imaginaba víctima de una conspiración cósmica cuyo objeto era la regresión de lo humano al estado Cromañón. Desde aquel invierno mi trabajo guarda una huella blanca, es el *permafrost* que aflora en algunas de mis obras.

Con el frío los cuerpos se buscan pero el encuentro de los amantes se vuelve una proeza sobrehumana. He aquí el tema de un primer dibujo que hice sobre mi vida en esta patria invernal:



### *La nieve*

*Al entrar en la habitación blanca nuestro cuerpo quedará cubierto por un espeso manto de nieve. A tientas buscaremos a nuestra pareja. Necesitaremos paciencia para recuperar la sensibilidad de una piel aterida por el frío*

En esta instalación reflejé la magia de los bosques helados, tan hermosos como terribles, aunque oculten la desgracia. El invierno sólo es patria para los resistentes; los otros, los caídos, pronto son tapados por la nieve y enterrados en el blanco infinito. Quien escarba en la blancura encuentra así el pasado intacto, el gesto del ayer petrificado.



## CUENTO DE INVIERNO.

### *Juegos del sapo muerto.*

*En Gomarro (Soria), pequeño pueblo situado a notable altura, al llegar lo más crudo del invierno, comienzan unas extrañas competiciones. Su inicio coincide con la primera nevada del año y duran hasta que alguien escarbando halle un sapo muerto entre la nieve. Esos días se celebran las famosas “sientonas”, que son unos concursos de permanencia a la intemperie sin moverse. Los que participan en ellas ingieren abundante aguardiente para no sentir el frío.*



Fotos: J.Calero

Mas cuando el invierno arrecia de verdad, en los páramos desnudos, sobre las cimas ventosas; y nos encontramos con una comitiva que marcha ajena a la tempestad, nada bueno cabe esperar de ella, pues ninguno de sus miembros pertenece totalmente al reino de los vivos. En determinadas regiones ibéricas la fúnebre banda se conoce como *güestia*, *compaña* o *estantigua*. La componen almas en pena que vagan por la tierra, desorientadas ellas también en el desierto blanco. A veces aparecen en solitario, como las legendarias *Weisse Fraüen*, propias del folclore germánico y eslavo (la más famosa de ellas es la *Reina de las nieves*, protagonista del célebre cuento de Hans Christian Andersen). En España estas damas blancas no son muy frecuentes en el imaginario popular, pero las podemos encontrar en el folclore catalán así como en el mallorquín. Llevan largos cabellos albos que ondean al viento, túnica del mismo color, y portan un pequeño farol. Su visita puede ser un signo de muerte para el que la recibe o para alguien próximo a él. Escoltas de la frontera, pregonan el final de la vida humana.

Almas en pena procesionan en algunas festividades españolas. En El Balletero (Albacete), en la mañana 28 de Diciembre, día de los Inocentes, sale a la calle *el Blanco*, una figura totalmente tapada con ropajes blancos que va pidiendo por las casas limosnas para las ánimas del purgatorio.



*La Güestia*, Asturias.



*El Blanco*. El Balletero (Albacete)

En regiones muy distantes, en nada vinculadas a lo nival, las religiones y cultos afro-americanos (candomblé, umbumba, santería, vudú, macumba...) cuentan igualmente entre sus filas con sacerdotisas blancas, que actúan como *mediums*, presidiendo intensas ceremonias. Esta coincidencia no hace sino recalcar los aspectos arquetípicos de las damas blancas como mediadoras entre vivos y muertos.



Sacerdotisas de Candomblé Bahiano

Curiosamente, muchos de mis dibujos e instalaciones tienen como protagonistas a damas blancas de muy diversas variedades: jóvenes, viejas, solteras, casadas o viudas. Estas damas no solamente están asociadas al invierno, como veremos, aunque si tienen por lo común un vínculo con la nieve. Los trabajos mostrados a continuación son dos dibujos pertenecientes a las series *Comunidad Fantasma* y *El Mundo sin Nosotros* respectivamente; junto con una instalación. Las dos últimas obras se mostrarán en Madrid en Marzo de 2009.





### *La paciencia blanca.*

*Un celoso padre guarda a sus tres hijas dentro de esta casa blanca. Las muchachas sólo piensan en ir de compras al centro comercial de la ciudad más próxima. El padre teme que le cojan apego al bullicio o que se prenden de algún chico y le dejen morir sólo en el pueblo; pues ya su mujer le abandonó cuando sus niñas eran pequeñas. Ellas esperan en la desesperación el momento para huir al mundo de colores.*



## *Génesis*

*Dentro del viejo palomar hay una mujer tan vieja que quizás no sea ya más que una momia seca. Lleva puesto un vestido de novia y se finge embarazada, apretando un cojín contra su vientre. Ella debió de creer durante un tiempo que un mundo entero latía en las entrañas de paja. Ahora nadie sabe, la vieja ha aguardado muchos años un parto excesivamente diferido.*



### *Morias del Viento.*

*Fubo un tiempo en ciertos pueblos en el que algunos maridos plantaban a su recientes esposas al mes de desposarse con ellas. Las infelices huían a los campos vestidas de novia, pues sus vecinos las tenían por brujas. Allí vivían hasta la vejez, sin deshacerse jamás de su atuendo, teniendo al viento como a su único amante, gobernando las tormentas naturales, y también las humanas.*



La verdad, pensaba terminar mi invernal diario de otra manera, tal vez hablando de una anciana fotógrafa absolutamente excepcional como es Piedad Isla, que ha recorrido los pueblos de la montaña palentina como un miembro secreto y descarriado de la agencia MAGNUM desde los años 50 del pasado siglo. Pero la nieve y la muerte han irrumpido en la gestación de este texto, provocando una deriva forzosa del mismo, como esos rodeos involuntarios que deben dar los que caminan sobre la *terra incógnita* del eterno blanco.

Pedro Villalba del Blanco no tuvo una vida fácil, nació en la pequeña aldea de *Las Muñecas*, enclavada en un recóndito territorio leonés conocido como el *Valle del Hambre*, llamado así por la tradicional imposibilidad de cultivar cereal allí (exceptuando el centeno, aunque el cornezuelo, hongo que parasita este cereal y cuya ingestión causa febriles alucinaciones, no hacía viable dicho cultivo). Era hombre de carácter alegre y socarrón, según quien lo conocía; había superado la muerte de un hijo en accidente de tráfico. Pasaba los veranos en su aldea y los inviernos en un piso que compró en León. Allí estaba cuando una neumonía lo sorprendió y se lo llevó en 24 horas. Su única hija, Pilar Villalba del Blanco, desconocía la gravedad del estado de su padre, aunque nada bueno intuyese. Desde la localidad de Guardo (Palencia) tomó un lento ferrocarril de vía estrecha que recorre algunas cuencas mineras leonesas (Boñar, la Robla...) hasta finalizar su trayecto en la estación de Matachana, situada en la capital provincial. Lamentablemente llegó tarde. El rodeo ferroviario tuvo su causa: el día anterior había caído medio metro de nieve en las tierras norteñas y las carreteras estaban impracticables. Al trenecillo le colocan una cuña semejante a las que usan las quitanieves y así se va abriendo camino, ralentizando su ya de por sí lenta marcha. Pedro Villalba expresó en vida su deseo de ser enterrado en el cementerio de su aldea natal, un corralito de poco más de 40 metros cuadrados con cuatro cruces de piedra y de hierro oxidado. La funeraria no quería tomar riesgos, el coche fúnebre podría quedarse atascado en alguna cuneta de la estrecha carretera que serpentea por el valle. Los habitantes de la zona, liderados por un ganadero (de nombre Pedro también) que es novio de Pilar, se ofrecieron a abrir el camino con palas para hacer viable el deseo del difunto. Como antiguamente, cuando las iglesias rurales tocaban “a huebra” y de cada casa iba un mozo para colaborar en el entierro, así salieron de sus escondrijos los escasos jóvenes de las aldeas aledañas para abrir la carretera y permitir el paso del furgón.

Se da la circunstancia de que Pilar Villalba es una amiga de mi pareja, además de compañera de trabajo. Decidimos ir al entierro de su padre, a pesar del estado de las carreteras. Otro compañero tiene un pequeño y manejable todo-terreno ideal para estas circunstancias; así salimos de Guardo en dirección a Puente Almuhey, tomando entonces el desvío a la derecha para internarnos en el Valle del Hambre. La carretera estaba prácticamente desaparecida por la nieve pero la pericia de nuestro conductor es grande. El paisaje que se desplegaba a nuestro alrededor en la soleada mañana era hermosísimo, las urracas danzaban en los dibujados laberintos de maleza negra y los azores acechaban desde las ramas más altas, los pueblos de piedra, medio sumergidos, dormitaban al sol del precipitado invierno. Las Muñecas es la penúltima aldea del valle, cuatro casas al lado de un arroyo. Llegamos pronto, nos recibió un perro con cara de tristeza (¿presentiría lo ocurrido?), nos olfateó, se animó a acompañarnos un rato. Había gente con palas y ya había llegado un anciano cura rural. Veinte minutos más tarde vino la comitiva: el coche fúnebre era de un modelo un tanto extravagante; mitad todo-terreno, mitad furgón. En el cementerio estaba abierta la fosa; la tierra era de un intenso



marrón oscuro que contrastaba con la blanca nieve. Mientras se desarrollaba la ceremonia me dio por dejar vagar mi imaginación: sí, cuando el cuerpo vuelve a la tierra fresca y nutricia, los pensamientos, los afectos, tienden a la levedad, adoptan la textura de los copos de nieve; tal vez la nieve sea la tumba del espíritu como la tierra es la del cuerpo. A la salida del minúsculo cementerio nos encontramos una lechuga revoloteando por ahí: Minerva bendiciendo la ocurrencia.

Así, es el color blanco, en él palpitan las vastas regiones que se extienden allende los límites; una infinita potencialidad de sucesos y existencias que únicamente se puede intuir, pero jamás conocer, experimentar, disfrutar o padecer; espacio cegador que los tibetanos llaman *Dharmakaya*, alumbrador del Universo desde el no-ser, pero únicamente patente en los inicios y finales de una vida: en el blanco del semen y en el de la leche, en el de las canas y en el de los huesos.

Al blanco siempre se retorna, como a la tierra; aunque ante el regreso quepan dos actitudes: una, solar, profundamente valiente (o temeraria incluso), seguida por infinidad de místicos de numerosas religiones que ansían sumergir el mundo en el fulgor divino; son los saludadores del Gran Amanecer, llegado a menudo de improviso en mitad de una noche oscura del alma. Claudio Rodríguez escribió:

*(...) hay en la noche campos  
de intensa amanecida apresurada  
no en germen, en luz plena  
en albos pájaros.*

Mas no es la nieve el vehículo ideal para estas poderosas ontofanías: demasiado fría tal vez. Quizás en los lechos de sal de algunos desiertos exista aquel paisaje aniquilado y terminal abrasado tras el Gran Amanecer. Así lo sugiere mi experiencia en Djott-el-Jerid (Túnez), que sin duda podría repetirse en el norte de Chile y en otros “valles de la muerte” desperdigados por el mundo, lugares que a día de hoy no conozco.



Desierto de sal. Djott-el-Jerid. Túnez

Existe otra actitud hacia el blanco para quienes los rayos del astro rey resultan perniciosos (desde pequeño el pediatra me instó a llevar siempre gorra o sombrero cuando calentaba el “lorenzo”, consejo que procuro seguir todavía), para aquellos a los que la compulsión de luz desmesurada les inquieta y prefieren vivir parapetados detrás de sus trabajos, emboscados entre queridos y oscuros objetos, densos como mentiras: dibujos, pinturas, poemas, sonatas... Pierrots, gentes con al menos tanto deseo como miedo; seres que aman a la Luna; pues ella luce engañosamente, enloquece a los hombres, pero jamás mata como su hermano diurno. No exige entrega total, sólo una pizca de imaginación, y su blancura es, afortunadamente, esquiva.

**JOSÉ LUIS VIÑAS**